

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NÚM. 8153

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚMERO 4

PRECIO DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico o letas de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios remitidos y comunicados, se reservará derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal. Corresponsales en París el E. A. Lorette, rue Caumarlin, 6. Mr. J. Jones. Faubourg Montmartre, 37, y en Londres. Fleet Street, Mr. C. 166.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Miércoles 9 de Enero de 1889

MORALEJA

Doña Blasa Tanjente, Mujer, aunque muy buena, algo imprudente. Se irritó con su yerno Pepe Zarco. Porque gustaba del café de EL BARCO, Y al otro día al despuntar la aurora Murio del berrenchin; (¡pobre señora!)

Esto prueba lector que es gran demencia El hablar mal de EL BARCO DE VALENCIA.

Los cafés empaquetados y tes de la gran fábrica EL BARCO DE VALENCIA han obtenido la única medalla de plata en la Exposición Universal de Barcelona, y los chocolates la única medalla de oro.

Representante para las ventas al por mayor en la provincia de Murcia, Benigno Sánchez Risueño 3, Ciudad, Cartagena.

LA UNIÓN Y EL FÉNIX ESPAÑOL

COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

CAPITAL

Rs. vn. 48 000,000 efectivos,
147.251,080 en reserva.

27 AÑOS DE EXISTENCIA Y VN. 126-245-344 '77
abonados por siniestros

Seguros a prima fija contra incendios

Subdirección en Cartagena:

Vinda de Boro y Compañia.

OFICIALES MODISTAS Y COSTURERAS.

Se necesitan. Medieras, 6, segundo.

CURA inmediatamente toda clase de tómos y
Diarreas (de los niños y de las embarazadas)
Disenterias, Vómitos (de los niños y de las embarazadas)
Colera, Tifus, Cálculos y otras afecciones
Deposito en LAS PRINCIPALES FARMACIAS

Nuestros Ayuntamientos.

Es un hecho tan evidente como lamentable, que los Ayuntamientos que desde hace mucho tiempo vienen sucediéndose en la administración de Cartagena, han hecho poco ó nada para favorecer su adelanto. Antes bien, no faltará alguien que demuestre con razones no escasas de fundamento, que la desacertada gestión de los llamados para administrar los intereses procomunales, ha producido un resultado completamente opuesto á lo que se tenía derecho á esperar, malogrando los naturales elementos, que bien dirigidos y aprovechados, hubiesen determinado un engrandecimiento de que estamos por desgracia harto distantes.

Quizá los que así piensen, no estén faltos de razón, pues si consideramos que nuestros Ayuntamientos, nada hacen por dotar á la población de las indispensables mejoras materiales que reclama la comodidad y el general buen servicio del vecindario; si también tenemos en cuenta que con sus punibles apatías, hacen crecer en vez de cercenar las causas que convierten á Cartagena en una de las ciudades más insalubres de España y por último, si nos fijamos en que con sus faltas de celo ó desconocimiento del deber, no evitan el que la alimentación en esta ciudad, sea cara y mala; no es aventurado pensar que nues-

tros administrado es, han atajado más bien que impulsado la marcha progresiva de Cartagena desde hace bastantes años.

Mas dejando aparte estas apreciaciones, que tal vez puedan parecer exageradas á ciertos espíritus optimistas y fijándonos en hechos tangibles, tenemos constar, que la importancia que hoy alcanza Cartagena, la debe exclusivamente al esfuerzo de los particulares y á ciertos auxilios del Estado.

Los particulares con su propio esfuerzo, van reedificando la población sobre los antiguos cimientos que convierten á la ciudad en una serie irregular de calles estrechas y tortuosas, por que los Ayuntamientos de Cartagena, no han formulado el plano de alineaciones, indispensable planta para la transformación de las ciudades.

Los particulares ayudados en un tiempo del Estado han proporcionado y proporcionan las cuantiosas sumas que se invierten en las obras de mayor porte, llamado á ser el principal factor del engrandecimiento comercial de Cartagena.

Los particulares han dotado de cierta cantidad de aguas á la población, con las que puede subvenir en parte á sus múltiples y crecientes necesidades.

Los particulares son el sostenimiento de industrias que atraen población á nuestro término y el Estado con su Arsenal y guarnición, ayudando al mismo fin, determinan el movimiento que hoy se observa en Cartagena, apesar de la crisis que con gran intensidad se hace sentir en todas partes desde hace bastante tiempo.

En cambio, ¿qué han hecho en pro de este pueblo los Ayuntamientos que desde hace muchos años se vienen sucediendo? Nada absolutamente.

Aquí como hemos dicho, no existe plano general de alineaciones. Aquí el servicio de policía urbana, es tan deficiente, que apenas si se pueden apreciar sus resultados. Aquí no tenemos mercados municipales (los que existen son de particulares) donde se pueda ejercer la debida vigilancia, en todo lo que se relaciona con la venta de los artículos para la alimentación. Aquí no hay un edificio que pueda merecer el nombre de cárcel, ocurriendo el hecho peregrino, que desde hace bastantes años, los reclusos van de tugurio en tugurio empeorando en vez de mejorar. Aquí no hay cuerpo de bomberos, sin duda por que se participa de la opinión de aquel burgomaestre de una novela de Julio Verne, que decía:—En materia de incendios el mejor procedimiento es dejarlos, pues ellos por sí se apagan siempre.

Aquí no está organizada como exige la ley y reclama la filantropía, el servicio de hospitalidad domiciliaria. Aquí no hay aguas que puedan satisfacer las necesidades fisiológicas, higiénicas y de comodidad del vecindario. Aquí no contamos con una casa consistorial que sea digna de este pueblo y responda á las exigencias de su administración.

Aquí no existen paseos que puedan proporcionar recreo y beneficio á los vecinos. Aquí no hay un matadero municipal, capaz, limpio y bien dispuesto, como demanda el servicio de la población. Aquí no hay urinarios de uso indispensable en los sitios públicos. Aquí no tenemos una escuela de

párvulos con relación á las prescripciones de la moderna pedagogía, no reuniendo ni una de las condiciones precisas, ninguno de los locales donde se encuentran instaladas las demás escuelas municipales.

Aquí en fin, no hay nada que signifique la actividad municipal, pues lo único bueno que tenemos, eran los pisos de nuestras calles y estos han sido destruidos por ciertas empresas particulares, merced á vituperables tolerancias.

Aquí no hay nada, aquí todo está por hacer; vean pues nuestros administradores, cuán vasto es el campo que se ofrece á su actividad, y consideren cuán incompatible es con el cumplimiento de sus deberes, el permanecer inactivos ante las múltiples necesidades que hemos enumerado y que Cartagena reclama como único medio de conseguir el adelanto á que está llamada por sus especiales circunstancias.

Variedades.

LOS TRES FRAILES ROJOS

(LEYENDA BRETONA)

Ya era muy entrada la noche cuando Magdalena; medio muerta de espanto, cruzaba el bosque atemorizada, mirando á todas partes con sus hermosos ojos negros agrandados por el terror.

Contábanse en el pueblo cosas tan extrañas de aquel paraje no atravesado por ningún ser viviente desde que la campana de la ermita entonaba con su son metálico la oración para del Angelus, ese saludo misterioso que eleva la tarde al ideal divino de María, que el miedo de la infeliz muchacha estaba bien justificado.

En lo más espeso del bosque, como el antro de que salían todos los males, como la mansión del genio maléfico, alzábase el monasterio donde los Templarios se entregaban, según la creencia popular, á sus sacrilegas profanaciones; donde los neófitos, al ingresar en la orden, juraban odio eterno al cristianismo y escupían la imagen santa del Crucificado, llevando á cabo excesos más censurables todavía.

Por eso cuando las primeras sombras de la noche cubrían el valle, hufan los campesinos de los alrededores y se encerraban en sus casas, donde á veces eran despertados por gritos extraños de alegría ó ayes de profunda amargura que no sabían á qué atribuir. Sin embargo, el pueblo comprendía que algo, y algo horrible, se ocultaba tras aquellos misteriosos cercados de follaje y ocultos á las miradas de todos por el cuidado de sus sombríos moradores.

Todas estas tristes ideas, tomando forma en su imaginación, pesaban dolorosamente sobre la frente de la joven Magdalena, supersticiosa y sencilla como todas las aldeanas bretonas. Los sueños de su infancia se desvanecían en aquel fondo tan obscuro en que no brillaba una sola luz, en aquel espacio tan sombrío en que no brillaba una sola estrella. Quería reír y sus labios se negaban á repetir la oración que su mente concebía; reclamaba el auxilio de las sagradas imágenes de los santos que todos los domingos la sonreían en la iglesia, y en vez de estas imágenes queridas, pasaban lentamente ante sus ojos descarnadas figuras de muertos, visiones extrañas, abortos de la sombra y el pavor. Había algo en torno de ella que le presagiaba desdichas sin fin; algo que hacia vacilar su

planta y entorpecía sus menores movimientos.

La noche era oscura, muy oscura. Un silencio lúgubre, sepulcral, reinaba en su alrededor. Diríase que la Naturaleza estaba entregada á un dolor inmenso. El agua de las fuentes y los arroyos corría sin ruido bajo la verde alfombra que tapizaba los campos. El aura, al agitar las hojas de los árboles, producía ruidos extraños. De cuando en cuando algún ave nocturna, revoloteando por el aire, dejaba oír su graznido estridente, Magdalena caminaba deprimida; sus ojos se anegaban de lágrimas y sus dientes castañeteaban de terror.

De repente, y como si hubieran brotado del mismo seno de la tierra y ésta los rechazara de sí, caballeros en tres grandes caballos cubiertos de hierro aparecieron ante ella tres Templarios ó frailes rojos, como el pueblo los apellidaba, envueltos en anchos mantos blancos y bordada al pecho la roja cruz que, fero en otro tiempo de esperanza para Magdalena, venía ahora á aumentar sus angustias y sus dolores. El peligro por ella tan temido presentábase de pronto amenazador ante su vista. Allí estaban rodeándola como un círculo de hierro, rozándola con su aliento; aquellos hombres malditos á quienes todos temían y cuyo nombre solo se pronunciaba en el pueblo acompañado de una imprecación. Otras pobres jóvenes los encontraron también, y sus familias nunca habían vuelto á saber de ellas.

Todo esto lo pensó la desgraciada en un momento. Bien pronto la sacó de su estupor la voz de uno de los frailes rojos, que le decía:

—Ven con nosotros hermosa joven, al convento. Allí tendrás ríos de oro y plata para calmar tu sed de riquezas, si eres ambiciosa.

—¡Oh! No—murmuraba la infeliz.—No quiero ir con vosotros. Permitid que prosiga mi camino.

—Ven con nosotros, hermosa joven. Las arpas entonarán para cantarte sus mejores himnos, y millares de pájaros te dormirán con sus enhechos misteriosos.

—¡Oh! No; no quiero ir con vosotros, dejadme que prosiga mi camino. Las jóvenes que os siguen engañadas, no vuelven nunca á ver la luz del sol.

—Ven con nosotros, hermosa joven, allí harás á tus amigos, las que nos han seguido, y las verás alegres y felices para que te embriagues en el dulce espectáculo de su felicidad. Verás allí hermosos jardines poblados de frutas, cubiertos de flores y surcados por arroyos, de cuyas aguas, al correr por entre la verdura, brotan cantos de amor y de armonía.

—¡Oh! No; no quiero ir con vosotros. Dejadme que prosiga mi camino.

—Pues bien; nos seguirás de grado ó por fuerza.

La pobre niña cayó de hinojos abrazando las rodillas de sus verdugos.

—¡Oh, señores, por Dios, por vuestra madre! ¿Qué mal os ha hecho yo? Piedad, tened piedad de mí. Por esa cruz que brilla en vuestro pecho.

Una triple carcajada respondió á sus súplicas. Luego se oyó un quejido prolongado; uno de aquellos gritos que por la noche despertaban á los campesinos en sus lechos y les hacían estremecer, y poco después los tres frailes rojos, llevando consigo á la joven y formando un informe grupo, se perdieron en la obscuridad.

II

Siete meses habían transcurrido desde entonces, y por el mismo bosque en que vivían los Templarios, caminaba un viajero extraviado.